

Con furiosos gritos, Afanasij se precipitó sobre él.

—¡Eres un canalla inútil, un provocador del género humano! ¿Quieres que te rompa la jeta?

Y como ya juraban y se insultaban, Selivanov, el presidente de la Asamblea, interrumpió:

—¡Bueno! ¡Basta! ¡A votar!

Los *mujiks* votaron este acuerdo: Afanasij Petrovich, y otros tres con él, irían a caballo al campamento de los kirguises y traerían una vaca, o dos, o cinco, si se podía, porque la carne comenzaba a escasear. Ataron la escopeta al arzón de la silla y vistieronse pieles de zorro para parecerse a los kirguises por si estos los descubrieran de lejos.

—¡Dios sea con vosotros!

Los que quedaban arrebujaron al niño en sus mantas y le pusieron a la sombra, debajo de una carreta. Junto a él, sentóse un mozo que, de cuando en cuando, para distraerse y distraer al pequeño, disparaba su revólver contra las matas.

4.

¡Arenales! Tristes arenales de Mongolia! Piedras, piedras azules como brazos perversos que salen hozando de la tierra! Los rusos cabalgan por la arena. Es de noche. La arena exhala fuego y perfume de ajeno. En las tiendas de los kirguises ladran los perros, a los lobos, a la tinieblas. En las tinieblas aullan los lobos, al hambre, a la muerte. Los kirguises han huído de la muerte. Pero ¿escaparán también a la muerte sus rebaños? Densas tinieblas, verdosas se estremecen sobre las arenas, como si la tierra las retuviera con esfuerzo, como si quisieran soltarse y escapar volando al Oeste. Las tiendas huelen a leche agriada y a estiércol seco. Junto a las pálidas hogueras del campamento están los enflaquecidos niños de los kirguises. A su lado, los perros flacos, de estrecho hocico. Las hurtas semejan, en las sombras, balagares de heno. Tras ellas, juncos, una laguna.

Escondidos entre los juncos, los *mujiks* dispararon contra las fogatas amarillentas.

—O-o-a-at.

Los kirguises se lanzaron en un instante fuera de las hurtas. Angustiosamente, primero uno, después todos, a la vez gritaban:

—*Ui-boi... Ui-boi, ak-kysyl. Urus...*

Uio-boi. (Matan... Matan... Los rusos...)

Saltaron a caballo, como si los caballos estuvieron embridados día y noche. Con el rui-

do de los cascos resonaban las hurtas, toda la estepa. Voces salvajes les gritaban desde los juncos:

—*Ak!... Ak!*

Solamente un viejo cayó del caballo, de cabeza, en una olla de leche que se derramó. Abrasado, gritaba con profundo quejido, mientras, a su lado, un perro peludo, de encenada cola, hundía ávidamente su hambriento hocico en la leche caliente.

Las yeguas relinchaban. Asustadas, como si ventearan el lobo, las ovejas en el redil se atropellaban y topaban. Las vacas, como fatigadas, alentaban trabajosamente.

Las mujeres de los kirguises, sumisas, se tumbaron boca arriba, como siempre que venían los rusos.

Drevesinin reía descaradamente.

—¡Todavía si fuéramos garañones! No se está a punto a todas horas.

Apresuradamente, llenó de leche su cantimplora, y a golpes de *nagatka* reunió una vaca y sus becerros junto a las hurtas. Los becerros, desatados, hundieron a embestidas las cabeza en la henchida ubre y se prendieron alegremente, con sus gruesos y suaves labios, a los pezones.

—Tienen hambre, los animalitos...

Y Drevesinin arreó la vaca.

Ya Afanasij Petrovich había dado una vez más la vuelta a las tiendas, cuando en el momento de montar nuevamente a caballo, algo se le ocurrió de pronto:

—¡Un biberón! ¡Necesitamos un biberón! ¡Diablo! Ya se nos olvidaba!

Y se precipitó a las hurtas en busca del biberón. Las hogueras se habían apagado. Afanasij había agarrado un tizón y buscaba, haciendo saltar las chispas y tosiendo por causa del humo. En una mano blandía el leño chisporreante, en la otra un revólver. Pero no encontraba el biberón. Las mujeres, con el rostro cubierto, yacían de espalda en el suelo, dóciles. Los niños plañían. Afanasij, enfurecido, gritó a una joven kirguisa en una de las hurtas:

—¡Un biberón, canalla, en seguida un biberón!

La mujer lloraba y comenzó a desabrochase apresuradamente el caftan y después la camisa.

—*Ni kirek... al... al.*

A su lado lloraba un niño de teta envuelto en harapos. La mujer cerraba las piernas.

—*Al... al.*

Afanasij Petrovich le agarró un pecho, apre-

tó el pezón con los dedos y emitió un alegre silbido!

—Precisamente... ¡Qué mejor biberón!...

—*Ni kirek... Ni...*

—Basta ya de *kirek*... Lo que quiero es esto otro... ¡Arrea!

Y la arrastró de un brazo. El tizón cayó al suelo. La sombra volvió a reinar en la hurta. En la oscuridad, atravesó la mujer sobre la montura del caballo y galopó a rienda suelta hacia el campamento de Selivanov. De tiempo en tiempo, tentaba el pecho de la mujer.

—Ya está, muchachos—gritó alegremente con lágrimas en los ojos—. Mejor no podía encontrar.

5.

Ya en el campamento, Afanasij se dió cuenta—en la oscuridad no había notado nada—de que la mujer había traído consigo a su niño.

—Es igual—dijeron los *mujiks*—; hay leche de sobra para los dos. Tenemos una vaca y la mujer es robusta.

La kirguisa era silenciosa y arisca. Daba de mamar a los niños oculta, sin que nadie la viese. Los dos niños estaban acostados en su tienda—uno blanco y otro amarillo—y lloraban al unísono.

Pero una semana después, Afanasij Petrovich hizo esta declaración en una asamblea general:

—Nos engaña, compañeros. Esta maldita kirguisa no amamanta a los dos como es debido; da primero a su niño todo el pecho y al nuestro las sobras. Lo he observado por mí mismo.

Los *mujiks* quisieron comprobarlo. Los niños eran como todos los niños; uno blanco, otro amarillo como un melón maduro. Sí; parecía, en efecto, que el ruso estaba algo más delgado.

Afanasij Petrovich estaba conmovido.

—Ya le había dado nombre... Se llama Waska... y ahora, mira lo que nos hace ésa...

Drevesinin apostrofó al niño:

—¡Qué delgaducho estás, Waska!

Se trajo un palo largo, y se le cruzó sobre la lanza de un carro, tanteando hasta que ninguno de los dos brazos levantó más que el otro. A cada extremo suspendieron un niño para ver cuál pesaba más. Los niños, envueltos en trapos, lloraban, colgados de las cuerdas de crin trenzada. Un penetrante olor a pañales trascendía de ellos. La mujer también estaba allí, junto al carro; no comprendía nada y lloraba. Los *mujiks* miraban en silencio.

—¡Suelta!—dijo Selivanov.

Afanasij Petrovich dejó libre a la balanza y el niño ruso subió de golpe.

—Mira, mira, diablo amarillo!—prorrumpió Afanasij, colérico—. ¡Mira si has comido de firme!

Entonces, alzó un cráneo de carnero que por allí había y lo puso sobre la cabeza del pequeño ruso. Con este suplemento, los niños pesaron igual. Los *mujiks* alborotaban y gritaban:

—¡Una cabeza más! ¡Le ha dado de mamar una cabeza más que al nuestro!...

—¡Tenemos que abrir el ojo!

—Fiera salvaje!

—Pero algo más hemos de hacer que compadecernos del pequeño.

Todos estuvieron de acuerdo:

—Hay que vigilarla.

—Después de todo, es su madre...

Afanasij Petrovich azotó el suelo con el pie, chillando:

—Entonces, ¿va a perderse un alma rusa por este muñeco sin bautizar? ¿Vamos a dejar que perezca Waska, eh?

Los *mujiks* miraron a Waska, tendido, pálido, enclenque.

Por fin, Selivanov habló así a Afanasij Petrovich.

—Llévatelo... Ya sabes... En nombre de Dios, debe morir... El kirguis, quiero decir...

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente